

UTOPIA Y QUEHACER CRISTIANO

Luis Ugalde



Uno de los problemas que se plantea el cristiano que busca a Dios es la continua incongruencia de la realidad vivida con el ideal soñado. No aceptar la tensión dinámica y creativa entre utopía y realidad es fuente de serias desviaciones en la vivencia de la fe. Este trabajo enfoca el tema con gran claridad. Fue publicado en la revista venezolana "Nuevo Mundo", Julio 1980.

"La edad dorada no está en el pasado, está en el futuro".

Saint-Simon

"La religión es el suspiro de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como el espíritu de una situación carente de espíritu".

Marx

"Dichosos los sometidos, porque ellos van a heredar la tierra".

Jesús de Nazaret

He aquí algunos de los problemas que le plantea la utopía al cristiano.

¿Es verdad que la edad dorada está en el futuro? ¿Y si no hay edad dorada ni en el pasado, ni en el futuro, sino sólo en

la ilusión del hombre? ¿Qué nos dice el cristianismo de esto? ¿Y si esperamos una edad dorada, de dónde sale ella?: ¿del esfuerzo del hombre?, ¿de la promesa de Dios?; ¿quién garantiza su realización?

"La religión es el corazón de un mundo sin corazón". ¿Qué quiere decir esta bella frase? Para la mayoría de los marxistas significa que sólo en un mundo sin corazón (en un mundo inhumano) puede florecer la religión. En un mundo justo y reconciliado desaparece la necesidad religiosa. Y por tanto la religión, para mantenerse, tratará de que el mundo siga sin corazón. Tampoco faltan cristianos que den la razón a estos marxistas: no nos debemos ocupar tanto por la justicia y el bienestar del hombre, porque está demostrado que cuanto más prósperos, ilustrados y avanzados son los pueblos, se vuelven menos religiosos. La religión es de los pobres, de los ignorantes, de los oprimidos, de los atrasados, de los que viven de la carencia y de la autonegación deseada o impuesta.

¿No podrá el cristiano, más aún, no deberá comprometerse de lleno para hacer un mundo con corazón? ¿No es ésta la única manera de ser cristiano en este mundo?

"Dichosos los sometidos, porque esos van a heredar la tierra". ¿Es obligatorio creer esto para ser cristiano? Mejor dicho, ¿se puede aceptar a Jesús en la fe sin comprender y aceptar esto? ¿No se puede creer que Jesús es el Cristo sin tener que compartir esta utopía? Porque si lo afirmado por Jesús en las bienaventuranzas es posible, si es algo más que una bella expresión poética, entonces los cristianos con Jesús estamos empeñados en el nombre del Padre en hacer un mundo con corazón. Y un mundo con corazón es sin duda la edad dorada, la realización de la utopía. Y quien acepta un mundo sin corazón y no trabaja para que los sometidos hereden la tierra es ateo, enemigo del Dios de Jesús.

AMERICA LATINA, TIERRA DE MISERIA Y UTOPIA

Nosotros anunciamos el Reino, trabajamos por construirlo, oramos para que venga. Y decimos que es reino de paz, de justicia y de amor. Evidentemente todo esto es utopía. Sólo es verdad en la historia como deseo y germen. Pero como realización lograda es utopía (*uk-topos*), no tiene lugar.

Pero vengamos a América Latina. Este continente cuya -- vista primera y r e l a t o s estimularon en los europeos -- la búsqueda de la Utopía, es hoy la tierra donde la antiutópía ha implantado sus cuarteles de sangre, ha erizado de -- cercas los sembrados y los caminos y ha agriado de odio privado los frutos comunes.

El documento de Puebla, en contraste con la buscada re-- conciliación utópica y la deseada armonía del hombre con -- Dios, con la naturaleza y consigo mismo como persona y como pueblo, encuentra los lacerantes rostros de un hombre roto, enfrentado a Dios, dividido en sí mismo y negador de aque-- lla reconciliación y armonía que los hijos de Dios imprimen en la tierra que ellos señorean:

"Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una con-- tradición con el ser cristiano, la creciente brecha entre pobres y ricos. El lujo de unos pocos se convierte en in-- sulto contra la miseria de las grandes masas" (Puebla, 28).

Y ven:

— "rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer".

— "rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad".

— "rostros de indígenas y con frecuencia de afro-america-- nos, que viviendo marginados y en situaciones inhuma-- nas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres".

— "rostros de campesinos, que como grupo social viven re-- legados en casi todo nuestro continente".

— "rostros de obreros, de subempleados y desempleados, -- de marginados y hacinados urbanos, de ancianos..." -- (Puebla, nn. 31-39).

Esta tierra no está humanizada por los hijos de Dios, si no que es una tierra donde Dios y sus hijos son relegados -- al exilio. Pero tampoco es una tierra donde sus pobladores abrazan pacíficamente la ausencia de Dios, y se reconcilian con un mundo sin corazón. Por el contrario es la tierra -- que sufre dolores de parto y aguarda impaciente "a que se re

vele lo que es ser hijos de Dios" (Romanos 9, 18-26).

Y en este reino de la antiutopía florece la esperanza u tópica. No estamos sino ante una paradoja aparente, pues con frecuencia (casi siempre) es la bofetada inhumana la -- que constituye el mejor acicate para avivar la búsqueda -- del horizonte utópico donde el hombre se encuentre con su plenitud actualmente deseada y ausente. La esclavitud de Egipto despertó el anhelo operativo y eficaz de alcanzarla tierra prometida, tierra que mana leche y miel, luchando bajo la mirada solícita de Jahveh.

"He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído -- sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufri mientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacar los de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y es paciosa, tierra que mana leche y miel" (Exodo 3, 7-9). -- Ahí actúa el Señor y conduce a su pueblo a la acción. El llanto a las orillas del río de Babilonia fue el resorte -- para que los profetas afirmaran un mundo donde Jahveh fuera su corazón y por tanto se produjera la utopía (siempre utopía) de que a los pobres se les hiciera justicia. Es -- el distintivo de Dios y de su tiempo utópico: la justicia a los pobres.

Por eso hoy América Latina es tierra de utopía no como mera ensoñación o simple suspiro impotente del oprimido, -- sino como luz de Dios en la lejanía que estimula y guía -- los pasos concretos del pueblo hacia la liberación integral y fuerza insobornable --que da la cercanía del "Dios con no sotros"-- que sustenta la marcha dolorosa de ese pueblo.

Pero los tiempos de utopía son también tiempos de ilu-- sión y engaño. Ni los sueños de paraísos platónicos, ni -- las ilusiones milenarias que esperan el milagro transforma-- dor son caminos de sabiduría cristiana, aunque hayan salpi-- cado de espejismos nuestra historia pasada. La Iglesia la-- tinoamericana avivará la esperanza de los pueblos a medida que responda con fidelidad práctica a su Dios --guía y fuer-- za-- hacia un Reino de amor, de justicia y de paz, donde -- los hijos de Dios hagan suya la tarea realista (brutalmente realista) de construir, con los elementos al alcance de su mano, un mundo donde el pobre por fin encuentre justii-- cia y patria propia. Veo que en la afirmación se ha cola--

do un "por fin" que puede ser engañoso y sobre el cual volveré más adelante, pues en esta tarea no hay ningún fin y ninguna plenitud definitiva en la historia aunque sí puede haber avances significativos.

La gran utopía (lo que no existe en ningún lugar en su plenitud) de la humanidad es: los pobres serán saciados (Magnificat); habrá justicia para ellos, heredarán la tierra y será satisfecha su hambre y sed de justicia (Bienaventuranzas). Sólo entonces podremos hablar con verdad de fraternidad. Sólo en la opción por caminar con paso firme en la dirección de construir una tierra justa y fraterna para todos, hay un deseo honesto de fraternidad y de filiación que el Es píritu Santo alienta en nosotros. Por eso no dudo en afirmar que sólo desde la aceptación de la utopía como horizonte y como fuerza contra las evidencias aplastantes de la realidad inhumana, se puede ser cristiano.

QUE ES LA UTOPIA

Creo que es importante precisar algo más lo que entiendo por utopía.

La utopía, no importa cuál sea su expresión concreta, presenta la plenitud humana en forma de un orden social de abundancia, de armonía, de justicia, de fraternidad, de paz perpetua, de paraíso. Contrastan los rasgos de esa utopía con la concreta situación histórica del hombre. En este sentido podemos decir que la utopía expresa en forma de nuevo orden social la integral plenitud humana no existente actualmente en ningún lugar (utopos). En realidad tienen muy poco interés las utopías de los autores (sean Platón, Tomás Moro, Campanella, Bacon o Marx). Lo que interesa son las utopías de los pueblos que los ponen en marcha hacia transformaciones sociales profundas. Ellos no leen la utopía de la justicia para los pobres en los libros, sino en sus corazones.

Por eso el especial interés humano y teológico de la utopía no consiste en su condición de idea abstracta, en su carácter de irre realidad. Interesa por su condición de levadura que hace avanzar a la historia en tanto en cuanto convence a los pueblos de que lo que no es, es posible. La utopía es recurrente en la humanidad como espíritu que afirma su veracidad, la posibilidad de una tierra reconciliada, justa, fra

terna. La utopía es la raíz de la moral creadora en su --- convicción de que esa humanidad "soñada" es más verdadera-- mente humana que la mediocre humanidad actual. Sólo quien da la razón a la "igualdad, fraternidad y libertad" utópi-- cas que no existen, emprende la transformación del actual - desorden.

Naturalmente e s t e impulso y fuerza histórica "prera-- cional" y crítico del mero cálculo de una racionalidad -- instrumental y utilitaria para minorías privilegiadas, nece sita ser confrontada con la racionalidad, con el cálculo -- que lleva a medir lo que es viable (de esa utopía total mo-- tora) en esta precisa etapa histórica. Más adelante volve-- ré sobre esta necesidad de que la dialéctica utopía-realidad sea fuerza constructora de una historia positiva o humaniza dora. Ahora quiero señalar algunos peligros frecuentes.

1. La utopía como evasión

La plenitud no existente puede afirmarse como *evasión* de una historia inhumana aceptada como fatalidad incambiable. La realidad de la historia es insoportable en su negativi-- dad. La historia es un documento irrefutable (al menos mi-- rándola desde este ángulo) que prueba la estupidez, la --- crueldad y la inhumanidad de la humanidad. Por eso Marx di ce que todo lo que hemos vivido hasta ahora es prehistoria y proyecta el salto a la historia.

Esta aceptación de la imposibilidad de un cambio de fon-- do en la historia (paso de lo predominantemente inhumano a lo humano) nos puede llevar a la ensoñación que nos trans-- porta mentalmente a un mundo ideal en otra esfera, en otro plano. En este sentido la utopía, el deseo de la plenitud no existente, puede servir para consagrar el desorden histó rico. Parte de una visión pesimista de la historia y del - hombre y de la impotencia (no puede o no quiere) de la ac-- ción de Dios en el hombre histórico: este mundo no tiene re medio, el pecado es señor de la tierra, el Espíritu de Dios sólo es señor del cielo. Difícil conciliar esta negación - de la historia como lugar de crecimiento del reino de Dios con la fe bíblica. Pero de alguna manera esta manera plató nica de concebir la vida y la historia trata de salvar la - moralidad humana (la diferencia entre acciones buenas y ma-

las), convirtiendo los sufrimientos del cuerpo en el mundo en felicidad del alma en el cielo. La tierra para los hijos de Dios es ajena, será siempre ajena. Sólo es útil para hacer méritos viviendo con pureza de intención y ofreciendo los sufrimientos soportados en el destierro de este mundo. La negatividad irremediable de la vida en la tierra (ajena a Dios en cuanto no puede reconciliarse ni ordenarse conforme a su voluntad) se convierte en positividad en el cielo.

Esta concepción donde tiene lugar una utopía ahistórica consagra el desorden histórico como irremediable en sí. No es convertible en humano y positivo por su transformación sino por la capacidad que tiene el hombre de convertir su negatividad (sin que deje de serla) en positividad en otro plano. En este sentido la utopía es alienación por ser evasión y resignación con respecto a la transformación humanizadora de la historia.

2. La utopía como etapa definitiva de la historia

Creo que esta es otra forma de ilusión propia de los diversos mesianismos religiosos o seculares. Vendrá una era en que por fin la tierra será justa, fraterna, pacífica, abundante. Esta será una etapa lograda, un nuevo reino. - Será el reino del Mesías según algunas esperanzas judías o el reino del Espíritu Santo según Joaquín de Fiore o el paraíso comunista donde por fin el hombre reconciliado hará su historia y mirará como etapa definitivamente superada a la prehistoria de una cadena de dominación del hombre por el hombre. No importa por qué mecanismos se pueda lograr esta transformación radical y definitiva de la historia -- (el nuevo hombre). Puede ser por la intervención de lo alto o porque el hombre acierta por fin a ajustar una pieza clave (la propiedad privada suprimiéndola) que andaba desajustada. El resultado es el mismo: se produce definitivamente el reino de la razón, de la humanidad, de la utopía. La historia ha sido despojada de su negatividad y ambigüedad.

3. La ambigüedad permanente de la historia

Yo no creo que en la historia venga ninguna etapa en la

cual en forma definitiva se disipe la ambigüedad de la vida humana, la dialéctica de la negatividad de la acción humana y de su positividad. Rechazo toda forma de milenarismo (religioso o secular). La historia con propiedad privada o sin ella, con una organización social u otra será -- siempre el reino de lo ambiguo, donde podrá hacerse lo humano y lo antihumano. En todo momento la humanidad podrá retroceder a la barbarie o sublimarse hacia la fraternidad y la justicia. Efectivamente la humanidad impulsada por el Espíritu de Jesús que late en todos los pueblos (y que es Espíritu de utopía) podrá lograr formas nunca sospechadas de justicia y paz, pero siempre éstas estarán sometidas a la posibilidad de retrocesos, a la ambigüedad propia del hombre creador de la historia que está descentrado de sí mismo. Siempre entre su realidad y su plenitud media la tarea histórica, el hacerse haciendo, que no está -- predeterminado sino abierto a la invitación a la humanización y sometido a la tentación deshumanizadora.

El sentido creativo de la historia, la razón por la cual la utopía vuelve a renacer de las cenizas de todos los desastres de la humanidad y a afirmar la verdad del reino de paz, justicia y amor y a invitar a su gradual construcción histórica, está en que la utopía en el fondo de la humanidad es espíritu rebelde frente a las limitaciones históricas, afirma la plenitud todavía no existente como más verdadera que la evidente y aplastante realidad antihumana. -- La utopía es espíritu; es fuerza transformadora, es la primicia de los hijos de Dios que nos asegura nuestra condición de llamados a ser como dioses.

La utopía afirma la flecha del deber ser trascendente -- al que la racionalidad humana deberá dotar de contenidos -- históricos específicos y posibles de alcanzar en cada época.

UTOPIA, CRISTIANISMO E HISTORIA

Es innegable la condición transformadora y humanizadora del cristianismo a pesar de los permanentes intentos de desvirtuarla, convirtiéndola en evasión y consagración de una historia negativa y anticristiana o atribuyendo a posteriori a cualquier etapa histórica la absolutez propia de

la utopía, realizada como un estadio definitivo de la historia.

Recojamos muy brevemente algunos elementos indudablemente utópicos del cristianismo, elementos centrales, no meros aditamentos colaterales. Como se podrá apreciar son elementos que se prestan a interpretaciones evasivas, milenarias o consagradoras de ciertos "reinos" de la tierra. A continuación expondremos la necesidad de la permanente dialéctica utopía-realidad para que el cristiano construya la historia cristianamente. La utopía es un elemento de discernimiento cristiano de la historia.

1. Los Profetas y Jesús

En Israel, derrotada, postrada y apartada de Dios, se levantan los profetas para afirmar que esta aspiración más profunda de la humanidad a su plenitud no es una ilusión, sino la verdad más profunda, y su búsqueda y construcción es el signo del espíritu de Dios en la historia. Su plenitud está prometida y garantizada por ese Dios que se nos da y lo transforma todo humanizándolo.

Tomemos unos pocos ejemplos de los profetas que han sido aplicados por la Iglesia a Jesús en la liturgia de Adviento:

Paz y armonía: "Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas arados, y de sus lanzas podaderas. No levantarán espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra. Casa de Jacob, en marcha, caminemos a la luz de Yahveh" (Is 2,4).

Aquí no se afirma la paz y la armonía de los pueblos como un bello sueño, sino como compromiso de Dios, como tarea de los hombres que aceptan su espíritu.

Esta visión utópica se expresa con frecuencia en los elementos tomados de la naturaleza: los montes serán rebajados y rellenados los valles (Is 40,4). Con esto se expresa la igualdad. "Serán vecinos el lobo y el cordero", "Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh como llenan las aguas el mar" (Is 11). Y la tierra será fértil; la abundancia para todos es otro signo de la utopía incluso de

la marxista: "En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; *cuando con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva*, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡De cada cual, según sus necesidades!" (Carlos Marx: Crítica al Programa de Gotha. Edit. Ricardo Aguilera, 4a. edic. Madrid 1971, pág. 24. El subrayado es mío).

"He aquí que vienen días -oráculo de Yahveh- en que el arador empalmará con el segador y el pisador de la uva con el sembrador; destilarán mosto los montes y todas las colinas se derretirán..." (Amós 9,13; Os 2,20 23-24).

Pero este reino de paz, de abundancia, de justicia y de amor no se presenta c o m o una ensoñación ahistórica, sino como tarea irrenunciable en la que el hijo de Dios se afirma como tal y sólo en ella puede encontrar a Dios. I--saías denuncia la religiosidad y la proclamación de Dios - que descuida esa t a r e a: "Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que - me cuesta llevar. Y al extender vuestras palmas me tapo - los ojos por no veros. Aunque menudeéis la plegaria yo no oigo, vuestras manos están llenas de sangre" (Is 1,14s).

En contraposición ofrece la tarea del verdadero creyente: "quidad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien, buscad - lo justo, dad su derecho al oprimido, haced justicia al -- huérfano, abogad por la viuda" (Is 1-16-17).

Este es el culmen de la utopía: que el pobre, el débil, el oprimido reciban justicia. Pero de nuevo ello no es un sueño, es la expresión del espíritu de Dios en la historia. Por eso quien sigue al Espíritu hará estas obras y creará una nueva tierra: "Reposará sobre él el espíritu de Yahveh ..., y por tanto "no juzgará por las apariencias, ni sentenu

ciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, -verdad el cinturón de sus flancos" (Is 11).

Y parafraseando al judío Marx diríamos que entronizará el corazón en "un mundo sin corazón". Y esto lejos de ir contra Dios (sí va contra un tipo de religiosidad) es la acción de Dios en la tierra.

Así Jesús se define como salvador por la realización y --proclamación de esta utopía. María distingue en ello la acción de Dios (es criterio clave de discernimiento): "Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada" (Lucas 1,51s).

Jesús dice que "se ha cumplido hoy" en él la escritura -que dice: "Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena --Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista -a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor" (Lucas 4,18-20).

Por eso el corazón de su mensaje y de su conducta es la -más bella utopía transformadora de la tierra. "Dichosos ustedes los pobres, porque tienen a Dios por Rey. Dichosos ustedes los que ahora pasan hambre porque van a ser satisfechos. Dichosos ustedes los que ahora lloran, porque van a -reír". Pero esta felicidad no es una pacífica posesión o una idílica segunda vida celeste que en nada perturba el goce injusto de esta tierra. No. Estas bienaventuranzas son espada que divide la historia dando la razón al anhelo utópico: "¡ay de ustedes, los ricos porque ya tienen su consuelo! ¡Ay de ustedes, los que ahora están satisfechos, porque van a -pasar hambre!" Y los utópicos no son ni evasivos, ni legitimadores del desorden de la historia sino combatientes transformadores de la historia y perseguidos por los señores que dividen la tierra apropiándose: "Dichosos ustedes cuando --los odien los hombres y los expulsen y los insulten y difundan mala fama de ustedes por causa de este Hombre". Y jun--tan su suerte con la de los profetas anunciadores de la justicia de Dios (Lucas 6).

Es esa permanente tarea histórica de hacer de la tierra una fraternidad la que tiene la garantía de Dios en su eternidad inextinguible. La siempre inacabada historia, el incansable caminar del hombre cuyo horizonte no se agota - con nada que sea menos que el propio Dios tiene como garantía su Palabra dicha definitivamente en Jesús como primicia: "Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido y el mar ya no existía". La voz poderosa retumba: "Esta es la morada de Dios con los hombres; El habitará con ellos y ellos serán su pueblo; Dios en persona estará con ellos y será su Dios. El enjugará las lágrimas de sus ojos, ya no habrá muerte ni luto ni llanto ni dolor, pues lo de antes ha pasado" (Apocalipsis 21, 1-4).

El cristiano no está en mera *espera* de esta nueva tierra y nuevo cielo sino que vive en *esperanza* creadora de lo que todavía no existe: un mundo con corazón. "De hecho, la humanidad otea impaciente aguardando a que se revele lo que es ser hijos de Dios; porque, aun sometida al fracaso (no por su gusto, sino por aquel que la sometió), esta misma humanidad abraza una esperanza: que se verá liberada de la esclavitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios" (Rom. 8, 19-21).

De esta manera en la labor cristiana de recuperar la tierra para el hombre todo es don de Dios (gracia) y todo es - tarea del propio hombre.

2. La Utopía como motor de la historia

Pero la fuerza y presencia de la utopía en la historia - no depende de una corriente religiosa, ni de más o menos logradas elaboraciones teológicas o filosóficas.

La utopía es un constitutivo existencial del hombre, una radical afirmación de sí mismo en su constitución relacional. Una afirmación de su ser todavía no poseído, no logrado. Por eso la utopía es el motor mismo de la historia. Esta no es sino el tejido de complejo entramado entre el hombre como dado todavía ajeno de su propia plenitud y la creación trabajosa de lo que aspira a ser.

El quehacer del hombre llevado a cabo por el trabajo humano y humanizador hace nuevas todas las cosas cuando es guiado por el Espíritu de la utopía. La utopía es el motor de la historia, pues es el corazón mismo del movimiento del hombre mientras que el desarrollo de las fuerzas productivas y las múltiples modalidades de las relaciones de producción son los medios con que cuenta el hombre en cada etapa histórica para madurar las cuotas de utopía concreta posibles en este estadio de la humanidad.

Todas las grandes movilizaciones revolucionarias humanizadoras de los pueblos, (se autocomprendan en forma religiosa, laica o atea) han estado movidas por la utopía.

Para ceñirnos nada más a nuestra tradición histórico-cultural (y sin remontarnos a importantes movimientos sociales medioevales o a las diversas formas de guerras campesinas) escuchemos los ecos de "Libertad, Igualdad y Fraternidad", utopía que sirvió de motor y de proa al gran movimiento social y revolución cultural que rompió el antiguo régimen feudal. Anunció la utopía y trajo apenas la revolución burguesa. Y la fuerza motriz del proleteriado en subyugación de alternativa histórica humana es de nuevo la utopía que no se resigna a una sociedad de desigualdad, dividida en explotadores y explotados. Se busca una sociedad de abundancia, sin división de clases, sin mío ni tuyo, sin estado dominador. Donde la tierra sea dócil en manos del hombre y lo obsequie con sus ubérrimas riquezas y el hombre se encuentre a sí mismo en la medida que es el hombre para los demás. En ese momento el trabajo creador y humanizador será un placer. Todos trabajaremos para los demás y cada quien recibirá conforme a sus necesidades y no a la medida diferenciadora de su trabajo desigual.

He aquí la utopía comunista que no es otra que la eterna y única utopía del hombre escrita en su corazón antes de -- que nacieran los libros. Para Marx sólo en este momento el hombre pasará a la verdadera historia. Todo lo anterior es dominación, alienación y prehistoria. En la nueva sociedad fraternal empieza la verdadera historia de la humanidad, -- el reino de la libertad. Como decimos los cristianos reino de verdad, de amor, de justicia y de paz.

La utopía no es inventada por Marx, sólo asumida en se--

rio. Su pretensión -y en buena parte contribución- consiste en revelar los caminos para hacer posible históricamente es ta utopía eterna.

3. *Dialéctica utopía-realidad*

Lo que Marx presenta como prehistoria e historia, es decir dos tiempos sucesivos, lo que algunos religiosos -no or todoxamente ni ortopraxicamente cristianos- presentan como -- dos mundos contrapuestos, la tierra de lágrimas y el cielo de risas, los cristianos lo vemos como una dialéctica histó rica donde la utopía de plenitud y la realidad limitada e - inhumana son dos momentos inseparables de la historia perma nentemente ambigua. Momentos dinámicos que se fecundan y -- pueden imprimir a la historia y a la tarea humana una orien tación humanizadora o por el contrario un sello antihumano.

En efecto la realidad históricamente poseída por el hombre es negadora de la humanidad, es dominación, opresión, a lienación y miseria en sus diversas formas.

En este sentido podemos hablar de la realidad como nega ción del hombre, como la antítesis de la utopía.

Pero al mismo tiempo la realidad se afirma como lo único verdaderamente humano, lo único a su alcance. Imperfecto y con múltiples limitaciones pero es la porción de vida que es tá al alcance del hombre. Lo que existe es lo único humano, aunque imperfectamente humano. Lo demás es ilusión. La uto pía en este sentido es lo no existente, la negación del hom bre real y concreto. El hombre no puede vivir de utopía no existente -por bella que ella se presente- sino que se afe rra a los niveles de humanidad asequibles para él.

Así la realidad niega la utopía y la utopía niega la rea lidad. Son dos momentos de la existencia humana cuya rela ción dialéctica teje la historia. Si el hombre aceptara só lo como verdadero lo que ya está logrado, lo que es históri camente real, lo dado (pues lo demás es ilusión inexistente) sería la muerte del hombre y de su hacerse en la historia ha ciendo un mundo humano. Si por el contrario el hombre acea ra como única verdad y elemento válido la plenitud de la utopía, desdeñando lo dado históricamente como pura negati vidad, como anti-humano, entonces el hombre negaría su pro---

pia existencia, lo único que tiene, lo único que es y desde donde puede hacerse la plenitud. El hombre no toca - tierra firme para avanzar más que en la realidad mediocre que es. Sin ella es pura ilusión impotente.

Por ello en la afirmación vital de la dialéctica utopía-realidad está la verdadera afirmación del hombre. La utopía fecunda la realidad y la hace avanzar hacia la humanización creciente. Humanizar es así *utopizar la realidad*. Al mismo tiempo la realidad da consistencia a la vacía utopía haciéndola terrena y humana. Humanizar es así *realizar la utopía*.

Lejos de todo idealismo el hombre ha de afirmar en su -- mediocridad y pequeñez el modesto pan de la vida que está -- al alcance de su mano. Es la parcela de la existencia que ha de retener y disfrutar. Al mismo tiempo no puede renun-- ciar al horizonte siempre mayor de una utopía que conduce -- al hombre a la humanización creciente e ilimitada. La uto-- pía le presenta como horizonte humano los rasgos con los -- que ha de trazar el proyecto concreto.

Lo que estamos diciendo aquí no tiene nada que ver con u na interpretación idealista de la historia ni con determi-- nismos ascendentes que conducen a pensar que necesariamente la historia avanza siempre. La historia para el cristiano -- es ambigua. La utopía le da el impulso creador-humanizador permanente y marca la orientación, es la flecha de la his-- toria. La realidad concreta analizada con rigor y racionalidad le da las posibilidades concretas para diseñar "utopías concretas" y construir alternativas más humanas y viables.

EN QUE QUEDAMOS

En América Latina vivimos los cristianos tiempos de utopía como afirmadora e iluminadora de alternativas más humanas de organización de la tierra, de su riqueza, de su poder y de su convivencia. Por eso mismo son tiempos de exigencia de racionalidad y de trabajo realista para que no se esfume todo en vana ilusión.

El pueblo latinoamericano desde su condición de negado -- por los señores de este mundo intuye y afirma la utopía de que esta tierra es (ha de ser) tierra de libertad y de co-

secha para él. Y no hay ni utopía, ni alternativas humanizadoras sin que afecten a la actual distribución social y significado del poder y de la propiedad. Aquí intuye el -- pueblo y el cristiano liberador lo que expresa Tomás Moro: "cuando repito, considero en mi interior estas cosas, doy la razón a Platón y no me extraña que no quisiera dar ley ninguna a los que se negaban a repartir con equidad en común todos los bienes. Hombre sapientísimo, previó acertadamente que el solo y único camino para la salud pública e ra la igualdad de bienes, lo que no creo se pueda conseguir allí donde exista la propiedad privada. Pues mientras con títulos seguros cada cual atrae a su dominio cuando puede, por muy grande que sea la abundancia, unos pocos se la repartirán por completo entre sí dejando a los demás la pobreza" (Moro Tomás, Utopía, pp. 71 y 72; en Utopías del Renacimiento: Moro, Campanella, Bacon. Fondo de Cultura Económica. México 1975. Subrayado mío).

Esta es la piedra de toque del realismo de la utopía de los cristianos en América: que su alternativa transforme a fondo y a favor de los oprimidos la actual condición del poder y de la propiedad. Sólo así tomamos en serio aquello de "dichosos los oprimidos porque poseerán la tierra". Si nuestra opción va en serio los actuales poseedores nos marcarán con su infalible maldición. Cuando suene ésta contra los -- cristianos, ojalá en lugar de echarnos para atrás seamos capaces de tomar en serio a Jesús: "Dichosos ustedes cuando los odien los hombres y los expulsen y los insulten y difundan mala fama de ustedes por causa de este Hombre" (Lucas 6, 22).

Los cristianos afirmamos la utopía de una tierra justa para todos, no como mera promesa divina que se cumple inexorablemente, sino como tarea humana de los que han recibido al espíritu de Dios. Y después que hayamos logrado las alternativas viables, la utopía permanecerá viva y distante, expresando así la perfectibilidad de la historia siempre ambigua y la perfección del Dios siempre mayor que ofrece al hombre un horizonte infinito, inagotable históricamente.